



Diarios para Carol

May Blacksmith

Sweet

Diarios para Carol

May Blacksmith



© 2018 May Blacksmith

Todos los derechos reservados.

Editado por: Mercedes López y Diana Alonso

Portada: Ana Idam

Maquetación: May Blacksmith

Imágenes: Pixabay.com Pexels.com PicsArt,

Primera edición: fecha. Diciembre de 2018

Número de registro en Safe Creative: 1812069251069

ISBN: 9781790766697

El amor es la única cosa que somos capaces de percibir
que trasciende las dimensiones del tiempo y el espacio.

INTERSTELLAR

A las mujeres de mi vida

A mis sisoul

A Íñigo, con todo mi amor

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Déjà vu](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

Londres, julio de 1969^[1]

El hombre empujó la vieja puerta acristalada escuchando ya el conocido tintineo. Caminó hasta el mostrador y esperó a ser atendido mientras acariciaba el reloj de plata que llevaba en el bolsillo del pantalón. En el interior de su chaqueta, un manojito de folios abultaban rompiendo la simetría de su impecable atuendo.

Había sido un día interesante, había vivido un momento histórico del cual había dejado constancia en ese montón de notas, pero tenía que volver, no podía quedarse, se le acababa el tiempo.

—Buenas tardes, caballero —saludó el dueño de la tienda sacándolo de su ensimismamiento.

—Buenas tardes. —Correspondió el cliente, sonriendo al ver el conocido rostro.

—Un placer inesperado verlo de nuevo por aquí.

El tacto frío del metal entre sus dedos le recordó que aquel objeto no le pertenecía. Cogió la cadena y, tirando de ella, sacó el reloj de bolsillo que en otra época habría llevado guardado en una pequeña abertura de su chaleco. El objeto de plata repujada comenzó a girar sin control emitiendo pequeños destellos al hacer contacto con la luz que entraba por el escaparate. Los dos hombres lo observaron por unos segundos y, enseguida, el que lo sostenía en la mano, lo dejó en el trozo de tapiz que había encima del mostrador sin desprenderse del todo de él.

—Increíble proeza la de estos americanos, no hay nada que se propongan que no lleven a cabo. Sin duda un hecho muy inspirador que le traerá muchos éxitos.

El hombre que aún sostenía la cadena entre sus dedos, asintió sin pronunciar palabra.

—Espero verle de nuevo por aquí —dijo el tendero, sacando un estuche del cajón del aparador destinado a guardar el objeto.

En el justo momento en el que el cliente soltó la leontina, un rayo de color violeta cruzó el local dejándolo a oscuras por unos instantes.

Capítulo 1



Londres, 1885

Martha volvió a perderse en las sucias calles de Regent Street, donde estaba ubicada una de las casas de empeños más famosa de la ciudad debido al correr de los tiempos. Su chófer, como cada vez que se acercaban por ese barrio, la dejaba dos manzanas más atrás para que ella fuese caminando. El hombre la seguía a corta distancia hasta que ella se paraba en lo que a él le parecía una tienda sin interés alguno, con un escaparate sucio y sin nada que ofrecer a la vista, pero ella parecía opinar todo lo contrario y se empeñaba, semana tras semana, en que le acercara hasta ese lugar. Una vez que llegaba hasta allí, le adelantaba con el vehículo, y volvía al lugar donde se había apeado para esperarla, sabía que no serían más de diez minutos.

La mujer se paró delante del escaparate esperanzada. Sus ojos brillaron al comprobar que aquel raro camafeo seguía en el mismo lugar como cada semana de los últimos seis meses.

Estaba de luto, pero se acercaban las fiestas de Navidad y aquella hermosa pieza, que nadie había recuperado hasta ahora, sería su regalo bajo el árbol.

Levantó la vista mirando hacia el interior de la tienda topándose con su reflejo.

Martha era una mujer de estatura media y delgada; de tez cetrina y pelo ceniciento. Su falta de atractivo le hacía ser una mujer introvertida que, con el paso de los años y a pesar de tener varios cazafortunas merodeando a su al-

rededor, quedó soltera. Era demasiado orgullosa para aceptar los favores de un hombre por su posición social.

Con padres fallecidos por enfermedad y un hermano menor viajando por las Américas en busca de aventuras, quedó sola al fallecer su única tía. Unas cejas pobladas y una nariz con demasiada personalidad, para su gusto, opacaban los pocos rasgos atractivos heredados de su madre, una mujer de grandes ojos rasgados y labios carnosos. A pesar de la sobriedad de su atuendo, el corte de su abrigo confeccionado a mano y la riqueza de su lana, junto al terciopelo y los encajes del vestido, denotaban que era de alta cuna; ya solo el sombrero de ala corta con plumas y el detalle de un pequeño pájaro resaltaba su buen gusto por la última moda que pocas se podían permitir.

Dejó de mirarse en el sucio cristal y volvió la vista al camafeo; estaba decidida a comprárselo. Ese día ni siquiera su falta de confianza la frenaría.

La campanilla de la puerta sonó, pero la tienda parecía estar vacía. Se paseó por las diferentes vitrinas hasta que se situó delante del mostrador. A los pocos minutos un hombre mayor con anteojos, cabello plateado y aspecto afable, apareció detrás del aparador y le sonrió. Siempre había oído hablar mal de los propietarios de este tipo de establecimientos, que eran usureros, antipáticos y bastante desagradables, sin embargo, aquel hombre no aparentaba nada de aquello.

—¿En qué puedo servirle, señora? —se dirigió a ella en tono amable.

Martha se quitó los mitones de piel de conejo y, dirigiendo su mirada hacia el escaparate, contestó con voz queda.

—Me gustaría ver el camafeo.

—Interesante elección —comentó el tendero y, guió sus pasos hacia la zona de exposición, cogió el estuche de piel marrón forrado en su interior de terciopelo morado donde descansaba la delicada pieza.

—Alabo su excelente gusto —dijo el comerciante—. Es una pieza exquisita fabricada en auténtico marfil. Es única y lleva varias décadas con nosotros, un objeto curioso que vuelve una y otra vez a nuestras manos.

A Martha le pareció que el hombre tenía un toque misterioso e incluso que podía estar tomándole el pelo, sin embargo sonrió para sí, animada por el hecho de que el camafeo no pareciera tener dueño. En todo este tiempo no se había decidido a adquirirlo preocupada por arrebatárselo a su auténtico propietario.

El tendero le comenzó a explicar las peculiaridades de algunos de los objetos de la tienda terminando su disertación con aquel camafeo. La pieza tenía dos rostros de perfil cada uno mirando en una dirección, y lo interesante era que parecía elegir a sus dueñas. Martha sabía que siendo mujer y debido a su aspecto bondadoso la gente la intentaba engañar, pero ella simplemente era correcta y jamás se dejaba embaucar por los charlatanes. En cuanto tuvo el estuche delante dejó de escuchar al hombre atraída por su influjo. Tocó el delicado marfil que el dueño de la tienda aseguraba que procedía de un elefante africano, y cuya talla era impecable e increíblemente hermosa.

El tono elevado del hombre la sacó de su ensimismamiento.

—Le decía si tiene usted algún deseo.

—¿Algún deseo? ¿Para Navidad? —preguntó ella extrañada.

—No para Navidad en particular. Si tiene algún sueño. Veo que está usted de luto. ¿Quizá un nuevo marido?

—Oh, no. Nunca he estado casada. Entiendo a qué se refiere. Sí. Hay algo que... Sí. Me gustaría ser otra persona —afirmó con confianza tras unos segundos de duda.

—Pero no se puede ser otra persona —aclaró el hombre en tono condescendiente.

—Es cierto —contestó ruborizada—, es una tontería.

—No me refiero a que sea una tontería —corrigió el tendero— sino a que quizá lo que le gustaría es haber vivido otra vida.

—¡Exactamente! —le interrumpió—. A eso me refería, vivir en otro momento, en otro lugar o incluso en otra época más moderna, donde la mujer no esté tan oprimida.

—¡Una sufragista! —El hombre se llevó la mano a la boca en señal de escándalo fingido, guiñándole a continuación el ojo tras sus lentes.

Martha sonrió sutilmente. Las mujeres llevaban más de medio siglo disfrutando de su derecho al voto, pero hoy en día era lo único que habían conseguido. Por lo demás, todo seguía exactamente igual por no decir peor. La rectitud, el conservadurismo, la moral intachable, eran los ideales de una época opresora para la mujer en la que su opinión distaba mucho de contar en los círculos masculinos. Recordó a su tía Hortence por quien llevaba luto. Había sido una de las pocas sufragistas de clase alta que se habían lanzado a las calles junto a mujeres obreras, viudas y esposas de enfermos, para luchar por conseguir el derecho al voto. Fue un auténtico escándalo que amenazó con tambalear el imperio bancario del que había sido dueño su abuelo. Si no fuera porque el dinero y el poder lo eran todo en ese país, lo habría conseguido con su perseverancia y tozudez.

La prensa la tachó de niña mimada con ganas de llamar la atención, ya que además era incapaz de conseguir un marido, y todo quedó en un pequeño altercado. Nada más lejos de la realidad. Hortence tenía multitud de pretendientes, pero se sentía incapaz de someterse al yugo de un matrimonio y ser un simple objeto de decoración en una enorme mansión gestionada por un ama de llaves. No se parecía en nada a su tía en ese aspecto. Martha siempre había soñado con encontrar el amor y ser correspondida, hasta que sus dotes de observación en los diferentes bailes a los que asistía le indicaron que eso no sucedería jamás. A

los hombres no les interesaba una mujer inteligente y elocuente. Preferían una belleza ignorante y obediente y, al parecer, el único atractivo que ella tenía era su inmensa fortuna.

Así que sí, había fantaseado con vivir en otra época donde la hermosura no lo fuera todo para un hombre. Incluso había pensado en marcharse al otro lado del océano, como lo había hecho su hermano, y encontrar allí esa vida llena de oportunidades que rezaban los panfletos.

Las cartas de Jonathan, su hermano, pronto le hicieron cambiar de idea. Allí las cosas no eran nada fáciles para las mujeres, se podría decir que incluso peores que en Inglaterra, ya que por la falta de leyes se hallaban desprotegidas en aquellas tierras inhóspitas que distaban miles de kilómetros las unas de las otras y donde la civilización no terminaba de llegar.

El hombre cerró el estuche dispuesto a envolverlo.

—Es un objeto mágico —le dijo con ojos brillantes—. Cuando se lo ponga, piense en ese otro yo que le gustaría ser.

Martha exhaló el aire con una risa ligera asintiendo.

—¡Oh! —Se lamentó el comerciante—. No cree usted en la magia.

—Ya no soy una niña, buen hombre. Hace tiempo que dejé de creer en Santa Claus.

—Pues nunca deberíamos dejar de creer, mi querida señorita. Quizá no en Santa, pero sí en la magia que nos rodea y nos hace soñar, crear mundos imaginarios y lugares imposibles, en llegar a la luna o al centro de la Tierra.

—Como en las novelas de Julio Verne.

—Exacto. ¿Quién puede decir que ese hombre, no haya estado realmente en esos lugares antes de escribirlos...? Lo que usted está viendo en mi humilde comercio, incluso lo que le ha atraído desde fuera, no está realmente a la vista de cualquiera.

Martha asintió sonriendo, contagiada por el misterio con el que el tendero dotaba a su palabrería. Era una ávida lectora de libros de aventuras y fantasía, así que era habitual encontrársela en las librerías más destacadas de la ciudad, buscando las últimas novedades. Sacó su monedero de terciopelo, a juego con su vestido, y pagó la suma que le reclamó, se puso los guantes dispuesta a coger el estuche envuelto en papel brillante de color azulón, adornado con un lazo de color plata.

—Si desea cambiarlo o devolverlo, tiene usted tiempo hasta la medianoche de la víspera de Navidad.

—Lo dudo, llevo mucho tiempo detrás de él.

—¡Insisto! —La mano apergaminada, moteada por manchas de la edad, se posó sobre la de Martha que aferraba el paquete encima del mostrador.

Se quedó desconcertada ante el cambio de actitud del comerciante, por el tono insistente de su voz y la mirada penetrante que le estaba dedicando en ese momento.

—Si desea cambiar algo, señorita Jones, o volver, mi comercio estará abierto hasta la medianoche de la víspera de Navidad.

Se zafó de la mano del hombre, que ya había aflojado su agarre, sin extrañarse demasiado de que conociera su apellido. Aunque hasta ese momento no lo hubiera hecho notar su familia era muy conocida en la ciudad.

—Querrá decir, cambiarlo o devolverlo —le corrigió ella.

—Sí, por supuesto —dijo riendo el tendero, devolviendo a sus facciones, con ese simple gesto, el aspecto de hombre bondadoso que se había encontrado durante casi toda su relación comercial.

Al cerrar la puerta no escuchó el tintineo de la campana, y al girarse la tienda estaba sumida en la más absoluta oscuridad, como si llevara años cerrada.

Sin darle más importancia, dirigió sus pasos hasta el coche con chófer que la esperaba un par de calles más allá

y que la llevaría a Mayfair, donde estaba la residencia de su familia desde hacía casi un siglo.

Al llegar a casa el ama de llaves, una mujer recta y distante, recogió el abrigo y observó cómo, sin mediar palabra, Martha subía por la vieja y desgastada escalera de madera en dirección a su habitación.

Thomas, el mayordomo, apareció de la nada como ya era habitual y dirigió la mirada hacia la escalinata viendo cómo desaparecía la señorita Jones por la curva del primer piso.

—Espero que el señorito Jonnathan vuelva pronto de su viaje aventurero y ponga en orden esta casa, porque a esta niña ya no la quiere ni el viejo Capitán Thomson, y eso que es un experto cazador de solteras —comentó la mujer.

—Bueno, hace mucho que dejó de ser una niña, su prima Eloise ya tiene una hija para casarse y son de la misma edad. Y respecto al capitán...

—¡Oh! ¡Vamos, Thomas! —exclamó la mujer—. No creerás los rumores que circulan por ahí sobre los fallecimientos de sus esposas.

—Bueno, igual no son ciertos, pero prefiero que nuestra señorita Jones no tenga que comprobarlo.

El ama de llaves negó con la cabeza de modo condescendiente y continuó.

—Podría haberse casado tan bien..., pero es tan obstinada como su tía, ha dejado pasar a importantes candidatos. Al menos Hortence tenía unas profundas convicciones y gran belleza.

—No la culpo —reconoció el mayordomo—. No quería que la fortuna de los Jones cayera en malas manos. Además es una soñadora, he oído decir a las criadas que no se casaría si no era por amor.

Un fuerte viento hizo que una de las ventanas se abriera de golpe en la sala donde habitualmente Martha to-